

Gonzalo de Murga y Suinaga: Un Quijote en México



*Escrito por Regina Santiago Núñez
Editorial Porrúa. México. 2005*

1. El Pacto de la Casa de Los Azulejos

La frontera entre vida y literatura puede tener límites muy tenues; túneles, laberintos, puertas que se abren y se cierran de manera casi imperceptible. En algún momento, Andrés Henestrosa y el libro sobre Gonzalo de Murga se incrustaron en mi vida como una obsesión. Han pasado casi cinco años desde aquella primera charla en la Casa de los Azulejos en que Andrés me planteó la invitación-sentencia: *Ya es tiempo de escribir esa historia*. Esa historia ha palpitado desde entonces, con sus propios ritmos; con sus cauces propios.

El tiempo fue borrando los temores iniciales. Abracé con entusiasmo el compromiso de agitar recuerdos de los distintos miembros de una familia; de quienes los conocieron; de quienes se vieron directa o indirectamente afectados por sus acciones y por sus pensamientos.

Con aquella invitación, con su insistencia, Andrés Henestrosa me cambió la vida. Responder a aquella propuesta implicaba contar la historia de mi abuelo, Gonzalo de Murga y Suinaga. Un hombre que se enamoró de México y de sus mujeres y con ellas tuvo muchos hijos. Uno de ellos, Adolfo López Mateos, llegó a ser presidente de la República, a pesar de las diversas leyendas sobre su origen.

Sí. La historia que yo conocí desde niña fue que López Mateos fue uno de los hijos de mi abuelo, un español que llegó a México a finales del siglo XIX; un vasco que sacudía conciencias en las tertulias literarias del Liceo Altamirano y en los círculos políticos que se disputaban el poder en el convulsionado México de principios del siglo XX.

Había ahí una anécdota interesante, pero de nada sirve quedarse en una revelación sensacionalista. ¿Cómo hacer para asomarse más allá de la superficie del relato? ¿Cómo atrapar la esencia y alcanzar la profundidad?

El reto no era fácil. Había que explicar por qué Elena Mateos –madre de Adolfo– sucumbió a los encantos del español que usaba un excéntrico monóculo y se expresaba con palabras punzantes en verso o en prosa; cómo se enamoró del personaje del bigote a la káiser, los nobles y misteriosos ancestros y la sonrisa

melancólica; qué la llevó a involucrarse con el intelectual dueño de un ingenio azucarero que según las crónicas de la época, fue objeto de las críticas más furibundas y las defensas más apasionadas, tanto en México como en España.

Gonzalo de Murga resultaba un tipo seductor en su extravagancia. ¿Pero qué llevó a Elena a arriesgar su matrimonio, su prestigio, su estabilidad? ¿Se trató simplemente de gozar el romance con un iconoclasta? ¿Qué más se puede descubrir buscando el fondo de esa relación?

Las imágenes mentales que llegaron a mí para tratar de explicar esta historia me hicieron intuir algo mucho más profundo. Así, para no caer en el lugar común tendría que explicar al ser humano en su circunstancia; en su ambiente; en sus conflictos internos; en sus pasiones y contradicciones. Pensar en Gonzalo y Elena, los padres de Adolfo y Esperanza López Mateos como un hombre y una mujer cuya historia remite a la ancestral atracción de la sangre americana y la sangre peninsular; a los misterios del mestizaje.

Reflexionar sobre una historia en la que el destino teje una trama para que esa atracción dé vida a dos hijos en cuyos genes palpita el estigma del bastardo, lo que no impide e incluso quizás impulsa que cada uno de ellos alcance cimas: Esperanza en la literatura, como la misteriosa traductora de B. Traven; Adolfo en la política, como un presidente con fuerte carisma.

¿Por qué Henestrosa invocó precisamente ese estigma cuando me impulsó a escribir la historia de mi abuelo? ¿Por qué subrayar que los mexicanos todos somos de alguna manera bastardos? Aquellas palabras me hicieron recordar que según algunas versiones, fue ese estigma de la bastardía el aguijón que impulsó al Cid a emprender las más osadas empresas para justificarse ante los poderes de la época; estigma que sufrió el propio Jesús de Nazareth. Estigma que según Henestrosa –recordando El Laberinto de la Soledad- vive dentro de todos los mexicanos... de todo lo mexicano. Estigma que como pueblo nos ha hecho mucho daño y cuyas connotaciones quizás también ya sea hora de cambiar. Estigma que quizás agujoneó, aunque de diferente manera, a los hijos que Gonzalo de Murga tuvo en México.

Muchas veces me he preguntado qué habrá pasado por la mente de Adolfo López Mateos aquel primero de diciembre de 1958, cuando después de los festejos de su toma de posesión como presidente de México, se quedó solo ante el espejo del poder; solo... con esa soledad que únicamente conocen los que han llegado a la cumbre. Debió vibrar con aquella victoria. Aficionado al alpinismo, le gustaban los riesgos y el sabor del éxito producto de su esfuerzo. Había alcanzado otra cima, pero en esta ocasión, con apuestas muy altas.

No se trataba únicamente del mareo –la náusea- que muchas veces provoca el poder. Él sabía que estaba enfermo. Tenía un aneurisma inoperable incrustado en el cerebro que amenazaba terminar súbitamente con su vida. Lo sabía él; lo supo Ruiz Cortines, quien quizás conoció también de otros asuntos que podrían obstaculizar el camino de López Mateos hacia la presidencia. Sin embargo, confiaba en aquel hombre con el que entabló una estrecha amistad desde que él era funcionario en el gabinete de Miguel Alemán y López Mateos, senador. Así, a pesar de los riesgos, Ruiz Cortines lo designó como su sucesor.

La enfermedad no había sido el único obstáculo en el camino de López Mateos hacia la presidencia. Estuvo también aquella historia familiar. No sólo se trataba de que fuera un hijo fuera del matrimonio, sino especialmente, ser hijo de un español. El ancestral recelo hacia los conquistadores había hecho que en la Constitución mexicana se incluyera un artículo, el 82, que prohibía a los hijos de extranjeros ser presidentes.

Quizás, el que Gonzalo de Murga no le hubiera dado su apellido –como no se lo dio a ninguno de los hijos que tuvo en México- propició que la madre de Adolfo lo registrara con el apellido de su esposo, Mariano López. Tal vez fue ese providencial incidente lo que permitió que a final de cuentas Adolfo “López” Mateos cumpliera su destino.

Divagaba en esos pensamientos cuando sonó el teléfono.

- ¿Es usted Regina Santiago?
- Sí, Lourdes ¿cómo le va?

- Muy bien, muchas gracias. La comunico con don Andrés.
- Regina... Regina... me tienes muy olvidado... ¡Ya es tiempo de que empecemos a promover ese libro! Encárgate de que desayunemos o comamos con Jacobo. A fin de cuentas él fue el primero a quien involucramos en el secreto; hay que contarle todos los adelantos; él debe tener la primicia. Recuerda que esa fue nuestra promesa. Tengo libres el martes, el jueves y el viernes de la próxima semana. Ponte de acuerdo con Lourdes.

La llamada de Andrés me dejó helada. No sólo era el tono imperativo que no admitía réplica. Era el hecho de que Henestrosa quisiera promover un libro del que yo sólo tenía apuntes, bocetos, reflexiones sueltas... en suma, un libro vacío. Había que concertar para la siguiente semana una reunión con Jacobo Zabudovsky e informarle los avances y la fecha de publicación de un libro que todavía no tenía escrita la primera frase. Menudo lío en que me encontraba...

La cita fue a las nueve y media de la mañana en la Casa de los Azulejos, lugar entrañable para Henestrosa y Zabudovsky; sitio que, al igual que el Café Tacuba, solía frecuentar López Mateos. El lugar es una de las leyendas vivas de la ciudad de México, que lo mismo albergó a revolucionarios como Zapata y Villa, que pudo haber sido también testigo de alguna de las citas clandestinas de Gonzalo de Murga y Elena Mateos. El antiguo Jockey Club del poema de Gutiérrez Nájera era uno de los sitios predilectos de mi abuelo.

Desayunar con Jacobo y con Andrés en ese sitio es todo un acontecimiento. La mesa se convierte en centro de las miradas. Es difícil hilar las frases, pues se acercan a saludar lo mismo el alto funcionario que el bolero. Las meseras ya saben lo que ambos van a pedir, pero de todas maneras cumplen con el ritual y preguntan.

-Una piedra para mí, dice Henestrosa. El pan de nuez de Sanborn's siempre ha sido su favorito.

-Un vaso con agua, pide Jacobo, quien sigue al pie de la letra los rigores de su dieta para derrotar el cáncer.

Como siempre, después de intentar alguna broma – ¿se puede des-ayunar, con un vaso de agua y una piedra?-, yo pido unos huevos divorciados, con frijoles, totopos, salsa verde y salsa roja. Juegos gastronómico-político-literario-existenciales. Mi platillo subraya de manera especial el contraste entre mi carácter goloso y la frugalidad de mis acompañantes.

- He buscado tu columna en el periódico La Crónica, comenta Zabludovsky en el breve intervalo que deja algún saludo, un abrazo y una que otra petición.
- Parece que hay una pausa en la reflexión sobre las aventuras y travesuras de nuestros personajes políticos, respondo con un toque amargo ante el recuerdo del espacio periodístico perdido.
- Lo importante ahora es sacar el libro sobre la historia de Adolfo y de tu abuelo, tercia Henestrosa.
- ¿Cuándo piensas tenerlo listo para publicarse? pregunta Jacobo, al tiempo que me dirige una mirada que interpreto como plena de justificado escepticismo.
- Estas vacaciones de fin de año voy a encerrarme para corregir y ordenar lo que llevo escrito. Creo que podré tener lista una primera versión del libro para principios del 2004.

El orgullo herido se convierte nuevamente en aguijón que me impulsa a comprometerme en empresas cada vez más complicadas. Lo dicho, el escepticismo de Zabludovsky es más que justificado. Hacía casi tres años que Henestrosa lo había convocado por primera vez para contarle que yo estaba escribiendo un libro en el que se revelaría un secreto en torno del origen de López Mateos.

Aquella reunión de enero del 2001 tuvo también como escenario la Casa de los Azulejos. Zabludovsky y Henestrosa eran amigos, pero dejaron de verse mucho tiempo.

Fue aquella una ocasión propicia para reanudar el contacto entre dos hombres que han sido observadores y protagonistas de muchos episodios singulares de la historia de México. Hombres que han sabido cautivar lectores y escuchas; hombres polémicos que disfrutaban al suscitar apasionadas discusiones. Hombres que manejan el oficio de escribir, pero también dominan el arte de la seducción a través de sus conversaciones. Hombres que gustan de escudriñar en las entrañas de políticos, artistas o intelectuales para encontrar ángulos inéditos; rincones ocultos que suelen ser los que dan sentido a una existencia. Hombres a quienes unen muchos recuerdos y un gran amor por la ciudad de México.

Henestrosa me presentó ante Zabludovsky como escritora y periodista. En ese entonces yo hacía análisis políticos para la página de internet de CNN en español y había publicado un libro de entrevistas sobre la transición política en México, pero lo de escritora y periodista me pareció un afectuoso exceso.

En aquellos años se había agudizado el problema de Andrés con sus oídos. A sus 94 años, caminaba, comía, bebía y pensaba mejor que muchos hombres de cincuenta. Sin embargo, ambos oídos comenzaron a fallar y los aparatos le desesperaban. No podía regular el sonido porque un herpes en el brazo y la mano le impedían maniobrar con habilidad. Como no podía escuchar, tomaba él las riendas de la conversación. De ahí la impresión todavía más fuerte del tono imperativo de sus palabras.

Sin embargo, aquella mañana de la reunión con Zabludovsky en la Casa de Los Azulejos, Andrés sorteó con singular destreza sus problemas físicos. Jacobo y él intercambiaron anécdotas, compartieron recuerdos y se enfrascaron en un duelo de ingenio. Jugaron con las palabras y con la reputación de algún político. Llegado el momento, Andrés hizo una pausa y llevó la conversación hacia el terreno de la historia de López Mateos y Gonzalo de Murga.

- Sabes, Jacobo, el próximo 30 de noviembre cumpla 95 años. Sigo construyendo la leyenda de que soy inmortal. Si no paso a la historia

como gran escritor, pasaré entonces como alguien que tuvo mucho que contar... por lo menos por la cantidad de años vividos; por la cantidad de relatos; por la cantidad de cosas que me ha tocado ver...

La respuesta esperada, provocada, no tardó en llegar. “Andrés, tú eres grande como escritor y como ser humano”, le dijo Jacobo con una sonrisa cómplice.

- Lo bueno, Jacobo, es que a mis casi 95 años me he reservado algunas historias; tengo aún secretos guardados para poder atrapar la atención.
- ¿Puedo yo conocer alguno de esos secretos?, respondió Jacobo siguiendo el juego.
- Hay uno que no me pertenece, pero que Regina podría compartir con nosotros. Ella está escribiendo la historia de su abuelo, un español que vino a vivir a México a principios del siglo pasado. El fue el verdadero padre de Adolfo y Esperanza López Mateos.

Un breve silencio siguió a la revelación. Zabludovsky conoció muy bien a López Mateos. Estableció con él una relación cordial y plena de afecto, cuyo detonante fue precisamente una confusión sobre su identidad.

En un programa de radio, Zabludovsky había anunciado el descubrimiento de que el escritor B. Traven no era otro sino Adolfo López Mateos, en aquel entonces secretario del Trabajo con aspiraciones presidenciales.

Jacobo recibió una llamada de Adolfo para aclararle los hechos. Su hermana Esperanza había sido traductora de Traven –y hay quienes le atribuyen correcciones y manipulaciones que en gran parte contribuyeron a mejorar los textos. Pero él, Adolfo, no tenía grandes capacidades literarias. Si las tuviera –bromeó- quizás se habría dedicado a otra cosa, pero no le quedaba entonces más remedio que “chambear” de político. De todas maneras, agradecía profundamente a Jacobo que lo hubiera considerado capaz de tan grandes hazañas en el campo de la literatura...

Ese fue el inicio de una estrecha relación que tiempo después llevó a Zabludovsky -antes de que se hiciera el comentarista de noticias más famoso y polémico de México- a trabajar para López Mateos, en la oficina de prensa de la Presidencia.

Jacobo recordaba que a finales de la campaña presidencial y todavía en los inicios de su mandato corrieron muchas versiones respecto al origen del presidente. Se habló de que López Mateos había nacido en Guatemala, pero...

- ¿Y hay la seguridad de que López Mateos fuera hijo de este español?, preguntó al terminar sus propias cavilaciones.
- Yo conocí a Gonzalo de Murga, el español del que hablamos, cuando era yo muy niño, respondió Henestrosa. Mi abuela, Bárbara Pineda, me llevó al Ingenio de Santo Domingo, allá en el Istmo de Tehuantepec. Ahí nos dejaron pasar la noche mientras continuábamos el camino rumbo al territorio de los indígenas chimalapas, con quienes comerciaba mi abuela. Yo, como niño travieso que era, recorrí los jardines, los corredores y las habitaciones de aquel lugar. Me impresionó mucho ver a aquel señor que después supe que era Gonzalo de Murga, vestido de manera tan extraña para cenar. La servidumbre vestía de uniforme y aquello se convertía en un espectáculo. Esas ceremonias tan formales las volví a ver muchos años después, ya en la ciudad de México, en casa de Antonieta Rivas Mercado. Los niños que vivían en el Ingenio contaban que cada domingo, don Gonzalo los reunía en el patio y les repartía juguetes y les daba unas monedas como su “domingo”. Así era el padre de López Mateos. Mucha gente en el Ingenio supo la relación entre De Murga y el futuro presidente, pero mantuvieron la boca cerrada porque en aquel entonces revelar el secreto de su origen le habría arruinado la carrera política.
- Pero fuera de esa región no es una historia conocida..., interrumpió Zabludovsky con la avidez del reportero. Aquella mirada, un tanto

empañada por el cansancio que provoca un cáncer, recuperaba su brillo ante la emoción de una primicia.

- Puedo asegurarte que pocos, muy pocos estábamos en el secreto, sonrió Andrés. De hecho, yo lo confirmé porque me gusta observar las reacciones de la gente. Poner algunas pruebas para ver cómo responden.
- ¿A quién pusiste a prueba, Andrés?, preguntó Zabludovsky percibiendo quizás que ahora mismo era él uno de los destinatarios de los juegos y pruebas de su amigo Henestrosa.
- Puse a prueba a López Mateos. Era la mitad del sexenio. Se acercaban las elecciones para diputados y senadores. Todo mundo daba por hecho que la candidatura de una diputación por el Istmo iba a recaer en una joven juchiteca de la que el presidente se había enamorado. Yo sabía que sólo una cosa podía impedir esa candidatura, así que cuando López Mateos me preguntó a quién le sugería para esa diputación le di un nombre; un nombre que seguramente identificaría de inmediato, porque era de los que estaban en el secreto.
- Y cuál fue la reacción del Presidente, preguntó Zabludovsky cada vez más enganchado en la trama de la historia.
- Enmudeció. Adolfo estaba embelesado en ese momento viendo bailar a las tehuanas en una fiesta organizada especialmente para él. Enamoradizo y coqueto como su padre De Murga, tú sabes que no perdía oportunidad de elogiar y disfrutar de la belleza de una mujer; y las mujeres istmeñas ejercieron especial atracción sobre esa familia. Se rompió el encanto de la fiesta y Adolfo centró su atención en lo que yo le estaba diciendo. “¿Tú crees que a él le interese?”, preguntó. Estoy seguro de que aceptaría si usted se lo pide, señor Presidente. No se hable más del asunto, dijo, y me pidió que le siguiera contando de las tradiciones de mi tierra y del encanto de la mujer istmeña.
- ¡Qué historia, Andrés! ¡Cómo quiero que ya llegue la tarde para que pueda contarle al público del radio todo lo que hemos platicado!

- ¡Momento, Jacobo! La voz de Andrés sonó como un disparo. Aún no podemos revelar el secreto. Quemaríamos la parte esencial del libro de Regina.
- Entrevistemos entonces a Regina, respondió Jacobo tratando de reponerse rápidamente de la sorpresa. Platiquemos del libro- dijo, volviendo hacia mí la mirada y buscando una respuesta cómplice. Dejemos que nos cuente quién era su abuelo; que nos describa cómo era el padre de López Mateos; qué similitudes había entre ellos...
- Había muchas, respondió Andrés. Ya te he comentado una de ellas: su amor y admiración por la belleza de la mujer de nuestras tierras. Otro punto de coincidencia era su habilidad en el dominio del lenguaje. Gonzalo de Murga fue un gran conferencista y un magnifico escritor y poeta. Fue amigo y mantuvo correspondencia con los grandes literatos de principios del siglo XX, tanto en México como en España. Y bueno, Jacobo, hay que recordar que a López Mateos, le decían en su casa “el niño griego” porque de niño tenía una gran hermosura, era un contemplativo, un poeta sin oficio, un gran amante de la palabra hermosa, lo que reflejaba en su oratoria. Fue uno de los oradores más destacados de la campaña política de José Vasconcelos. Ahí nos conocimos, compartiendo ideales de juventud.
- Hablemos entonces de todo esto. Recordemos a López Mateos. Recordemos aquella época idealista. Resucitemos el interés por los escritos de ese diamante olvidado que es como describes a De Murga...

Jacobo no quitaba el dedo del renglón. Me pedía una respuesta cómplice que yo no estaba en condiciones de dar. Había comenzado a hurgar en los archivos familiares, pero todavía me faltaba mucho por descubrir e investigar. Sentía que la tarea que Henestrosa me encomendó rebasaba mi capacidad. Además, el intento por escribir la historia se había visto frustrado por una serie de calamidades que en algún momento me

convencieron de que dejara todo por la paz. Sólo la perseverancia de Andrés mantuvo vivo el proyecto.

Aquella me parecía una situación un tanto absurda. Henestrosa convocaba a un periodista para contarle un secreto que minutos después le prohibiría revelar. Sólo con el correr del tiempo comprendí la importancia de aquel gesto. Lo que Andrés Henestrosa buscaba era un cómplice para presionarme. Quería cerciorarse de que siempre hubiera alguien que no me dejara abandonar el proyecto. Hacía ya un par de años, en enero de 1999, que me había propuesto por primera vez escribir aquella historia y yo solamente respondía con evasivas.

- No Jacobo, respondió Henestrosa. Esta historia es importante que la contemos como debe de ser. Creo que ya es tiempo de que el pueblo de México se entere de estos secretos de la política, pero que se entere bien. En las leyes mexicanas está prohibido averiguar sobre la paternidad. Si alguien fue registrado como hijo de matrimonio siempre será hijo de matrimonio, aunque sepamos que es otro el papá. Acuérdate, Jacobo que aquí en México, metafísicamente hablando, todos somos hijos bastardos. El México que somos es producto de la unión de los conquistadores y las indígenas; conquistadores que tal vez dejaron esposas legítimas en España, pero que formaron otras familias en México; familias igual o quizás más valiosas que las que dejaron en su tierra natal. Nuestra sangre, nuestro inconsciente no puede negar esa mezcla y ese origen bastardo. En nosotros está darle un nuevo cauce a esto que durante tanto tiempo ha sido un estigma. Por eso hay que contar esta historia, pero hay que contarla bien. Hay que darle su tiempo, para que madure, para que nos sirva para reflexionar; para que no se diluya en una simple anécdota.
- Qué sugieres entonces, dijo Jacobo, menos convencido que resignado.
- Démosle ese tiempo al libro para que madure. Dale a tus radioescuchas un adelanto, una probadita de lo que tenemos entre manos. En su

momento, tú tendrás la primicia. Cuando la historia esté lista, serás el primero en saberlo.

Fue en enero del año 2001 cuando se estableció ese pacto; pacto que Zabludovsky respetó escrupulosamente. Pacto que yo, casi tres años después, aún no era capaz de cumplir.

Sin embargo, aquel desayuno en la Casa de Los Azulejos sirvió para despejar muchas de mis dudas. Muchas leyendas, muchos mitos hablan sobre los riesgos de volver la vista hacia el pasado. Indagar en el baúl de los recuerdos puede ser peligroso, pero quizás si el ritual se cumple con respeto y responsabilidad podrían evadirse los riesgos; los costos; los castigos. La recompensa sería valiosa.

A aquella charla con Henestrosa y Zabludovsky siguieron otras reuniones; otras pláticas. Cada vez me seducía más la idea de adentrarme en los pasajes misteriosos de la historia familiar, hasta que un día, casi sin darme cuenta, me descubrí dispuesta a vivir plenamente la aventura en la que Henestrosa me había involucrado.

Al revisar los papeles del abuelo descubrí el borrador de una carta que Gonzalo de Murga escribió a Miguel de Unamuno. Comentaba el libro Vida de Don Quijote y Sancho, que don Miguel le había enviado –como muchos otros de sus escritos- para que lo diera a conocer en México.

En el comentario de ese texto, el abuelo puso todo el sentimiento, la pasión, la emoción de quien ha luchado por encarnar el espíritu quijotesco. De Murga no solo admira el Quijote recreado por Unamuno; un Quijote que trasciende los límites que Cervantes le impuso a su personaje y parece que quisiera saltar de las paginas del libro para adentrarse en la conciencia de sus lectores. De Murga le comenta a Unamuno cómo ha vivido con su propio Quijote. Le manda un escrito con reflexiones sobre el amor, el perdón y un pensamiento religioso que pone la felicidad del hombre como

objetivo central y cree mucho más en la esencia del espíritu que en las ceremonias litúrgicas o en la Iglesia como institución.

La lectura de ese texto despertó en mí muchas emociones. Me quedó desde entonces la idea de que Unamuno y mi abuelo formaban parte de alguna especie de cofradía secreta de adoradores de Don Quijote; una cofradía que, sí no existía formalmente, existía en los sueños, en los anhelos, en las acciones de algunos individuos.

Comenzaron entonces a desencadenarse una serie de acontecimientos a cual menos de sorprendentes. Boletos de avión a mitad de precio para viajar a España; ofertas especiales de alojamiento; notas periodísticas sobre Unamuno y dónde estaba su correspondencia; amigos que conocían a un amigo que me podía contactar con algún experto en Unamuno.

Sentí como si al decidirme finalmente a iniciar el camino para recorrer el laberinto de aquella historia todas las puertas fueran abriéndose a mi paso; como si el universo entero conspirara para facilitarme el cumplimiento de aquella misión; una misión que para entonces todavía no tenía yo muy claro en qué consistía exactamente, pero que me llevaba a emprender búsquedas, a reunir material, pero sobre todo, a dejar de rechazar lo que la vida me estaba ofreciendo.

Casi tres años después de aquel primer encuentro, de aquel pacto, Henestrosa, Zabludovsky y yo nos volveríamos a encontrar y lo único concreto con lo que yo contaba eran varios ensayos sobre cómo leer a Unamuno y El Quijote; cómo interpretar la relación de Unamuno y América; manuales sobre la importancia de la novela histórica; muchas fotocopias obtenidas de la Biblioteca Nacional de Madrid y de la Casa Museo Unamuno, en Salamanca; videocasetes con entrevistas a don Luciano González Egido, experto en Unamuno y Salamanca; don Ignacio Tellenchea, experto en San Ignacio de Loyola, y que escribió un libro con las cartas que intercambiaron Unamuno y Amado Nervo. Apuntes de

conversaciones y cursos. Escritos del abuelo preparados para ser reproducidos en computadora; folletos, fotografías, recortes de periódico; estudios sobre la inmortalidad; reflexiones de los filósofos griegos que admiraba mi abuelo; libros de aventuras de viajeros medievales y alquimistas...

En el transcurso de esos tres años me dediqué a vivir intensamente todas las experiencias que se iban presentando y que yo sentía que podían relacionarse y servir para la historia. Descubrí la magia de eso que llaman el “llamado de la sangre”; esa “química” que puede propiciar la identificación inmediata entre dos seres que apenas se conocen, pero que comparten una historia familiar y descubren misteriosos hilos de afecto que les unen sin poderlos explicar. Acontecimientos en apariencia fortuitos me llevaron a establecer contacto con otros nietos y bisnietos de mi abuelo a uno y otro lado del Atlántico. Viajé a España y al Ingenio de Santo Domingo. Pasé muchas horas conversando con gente que aunque no lo conoció directamente sí había escuchado hablar de Gonzalo de Murga. Constaté que su recuerdo pervive en la memoria de los hijos de aquellos niños que recibían juguetes y monedas los domingos. Quise conocer directamente los paisajes que le fueron familiares; percibir sus colores, sus olores, sus nostalgias...

De algunas de esas vivencias tomé apuntes; los primeros mucho más detallados que los de los últimos meses, cuando sentía yo que todo tomaba un curso tan apresurado que apenas me permitía seguir el paso de los acontecimientos.

La noche de Año Nuevo del 2002 decidí que el siguiente año habría de dedicarme a escribir. No bastaba con poner en orden todo el material recopilado; había que darle forma, poner en blanco y negro la biografía o la novela que diera sentido y unidad a todo ese conocimiento fragmentado.

A mitad de año me tomé un “mes sabático”. Había que escapar de la oficina y de la universidad para viajar a España nuevamente, recopilar el

material faltante y estudiar el curso de novela histórica en la Escuela de Letras de Madrid.

Viajé a España. Tomé el curso. Visité librerías y bibliotecas. Regresé a México cargada de libros y fotocopias, pero sin una línea escrita para contar la historia del abuelo. Me di cuenta que a cada nuevo descubrimiento seguía una nueva duda que llevaba a nuevas búsquedas y nuevas aventuras. Mi espíritu, mi vida toda se iba enriqueciendo con esas experiencias; con el afecto de muchas personas que se involucraron en el proyecto. Sin embargo, la angustia de no poder escribir iba creciendo, envolviéndome, aprisionándome, asfixiándome.

La historia del abuelo era una llave mágica que abría muchas de las puertas del conocimiento; pero era también una carga cada vez más pesada ante el compromiso de compartir y difundir todo lo que la vida me estaba proporcionando.

En ese ánimo, con esas reflexiones en mente me encontré Henestrosa cuando llamó para proponerme que comenzáramos a promover el libro. Me hizo pasar el trago amargo de enfrentar a Zabludovsky con las manos vacías... mas no con la mente ni el espíritu vacío.

Jacobo se despidió temprano. Nos había comentado desde que llegó que estaba un poco presionado con el tiempo. Eso dio oportunidad a que Andrés y yo nos quedáramos un rato charlando a solas mientras yo terminaba mi suculento desayuno.

Hablamos de su ya cercano cumpleaños. Me dijo que aprovecharía la ocasión para inaugurar el edificio para la biblioteca que donó a la ciudad de Oaxaca. Bromeamos con que si el cumpleaños 97 le sienta bien, el cumpleaños 100 le sentará mejor.

- Andrés, hemos platicado mucho sobre la importancia de cómo revelar el secreto sobre el origen de López Mateos; buscar la forma de provocar una reflexión sin que por ello se lastime a los individuos involucrados. Pero cuéntame ahora, ¿por qué tu interés, tu insistencia en que se cuente la historia de Gonzalo de Murga?

- Tu abuelo fue un escritor del que vale la pena se rescaten muchos textos, respondió Henestrosa. Vivió en una época importante para la literatura en México y España y mantuvo relación con grandes escritores y poetas de ambos países.
- Entonces hay que rescatar su pensamiento...
- No sólo su pensamiento, sino también su emoción, su sentimiento. Recuerda que tu abuelo fue un español que vivió una historia de amor muy especial con México, y aquí no hablo solo de las mexicanas y en especial de la mujer istmeña, que le apasionaron. No. Hablo de una historia de amor con México, con lo mexicano. Tu abuelo amó y fue amado en México. Aquí despertó intensas pasiones.
- También hubo quienes criticaron, agredieron y llegaron a odiar a ese español. Recuerda, Andrés, que mi abuelo murió asesinado.
- Que ese asunto no empañe tu visión de la historia. Piensa que siempre existe la posibilidad de que tu abuelo simplemente fuera alcanzado por una bala perdida de algún tonto que no sabía disparar...
- Consideras entonces a mi abuelo como un símbolo de lo que une a España con México...
- No sé si haya que hablar de símbolos; más bien hay que hablar de hombres, de pasiones, de convicciones. Hace algunos años, un diplomático español me dijo que los españoles nunca me darían un premio porque yo estaba considerado como enemigo de España; el “símbolo” de lo anti-español.
- ¿Y qué razón te dieron para etiquetarte de esa manera?
- Mi defensa de lo indígena. Lo que pasa es que yo no puedo sufrir que hablen mal de los indios al mismo tiempo que hablan bien de los españoles; como no puedo sufrir que hablen mal de España. Por eso salgo y grito. Eso le expliqué a aquel hombre, pero arremetió diciendo: “Es que usted ha llamado salvaje a Juan Valera... a don Ramón Menéndez Pidal... a don Américo Castro...”. Yo entonces le dije: “Sí, así es. En mi opinión estos españoles ilustres son unos salvajes, pero

también son cultos y sabios, pero eso no les quita lo salvaje”. “¿Por qué don Andrés?”, preguntó el embajador sorprendido. “Porque sólo un pendejo puede decir que los indios no tenían sensibilidad, ni arte, ni cultura...”. No. Yo no soy ni puedo ser símbolo de lo anti-español. En el 97 me publicaron un libro en España en el que reúno 50 artículos que escribí sobre mi trato con los hombres, los poetas y artistas del destierro. Lo titulamos La otra nueva España. Fui amigo de todos aquellos españoles que huyeron durante la Guerra Civil; a todos los traté y no olvido a ninguno. La llegada del exilio a México en 1938 fue una segunda conquista espiritual y fue en el fondo una especie de reconciliación entre los mexicanos y los españoles.

Sonreí. Le tomé la mano y después de un breve silencio lo miré y le dije:

- Fue en enero de 1999 cuando me pediste por primera vez que escribiera la historia del abuelo. ¿Estás consciente, Andrés, de que con todo esto me cambiaste la vida?
- ¿Y cambió para bien? , preguntó con una mirada pícaro y dulce.
- Creo que sí.
- ¿Eres feliz?
- Mucho.
- Entonces valió la pena. Escribir y leer es sumergirse en un río, es una búsqueda que a veces te ayuda a encontrarte a ti mismo.
- Pero también sufres y te angustias...
- Eso no se puede evitar. Lo que hiciste fue apostar a sentir con mucha mayor intensidad.
- Pero resulta que a estas alturas no llevo escrita una línea...
- ¿Amas?
- Sí.
- No olvides nunca el amor. Lo que hiciste también fue una apuesta por el amor. Sólo el que ama conoce, comprende, vibra, se emociona y entonces es capaz de transmitir esa emoción. Sólo el que ama es capaz

de ver más allá de la superficie y llegar a la esencia de las cosas; de los individuos; de las historias. Nunca descuides el amor. La vida es un instante y la única dicha verdadera está en el amor. No hay mayor eternidad que la de un beso... No lo olvides.

- No lo olvidaré.